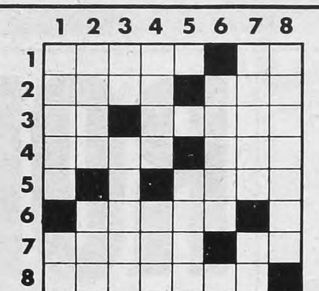
Con censura 36

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Decisivo. / Nota musical.
2. Elévelo por medio de cuerdas. / Venir de arriba abajo por el propio peso.
3. Símbolo químico del manganeso. / Líquido azucarado segregado por las flores.
4. Dios griego de los vientos. / Vigila, recela.
5. Fijar fecha y lugar de encuentro con alguien.
6. Puerco, cerdo.
7. Sánale. / Preposición que indica el medio o manera de hacer una cosa.
8. Flotases dando brazadas.

VERTICALES

1. Delito grave. / Apócope de uno.
2. Limo, barro pegajoso. / Cetáceo marino, muy voraz y agresivo.
3. Símbolo químico del talio. / Pelead.
4. Imagen sagrada de los ortodoxos. / Bruñe las piedras preciosas.
5. Salas en qué se proyectan películas.
6. Lados menores de un triángulo rectángulo.
7. Llega un barco a un punto de la costa. / Símbolo químico del osmio.
8. Asegurarán con cerradura, pestillo, etc.

SOLUCION 35

Letra censurada: La O.
Horizontales: 1) Tocólogo / Saco. 2) Rotos / Da. 3) Rosas / Pato. 4) Solos / Ora. 5) Naval. 6) Caro/Nana. 7) Atacan. 8) Cámaras.
Verticales: 1) Otrora / Caco. 2) Cotos / Ova. 3) Losas / Ramo. 4) Solón / Ta. 5) Sanar. 6) Sapo / Vaca. 7) Aranas. 8) Catalán.

Verano/12

MIRADAS EN LA PLAYA

(Por Sergio Kisielewsky) Ella no ve que él la observa. Hay silencio en el bar, sólo alguna botella golpea contra un cenicero y muy lejos se escuchan los alaridos de la radio en dúplex Capital-Costa. El mar está revuelto, gira hacia la arena y vuelve sobre sí. Tiene un color impreciso. Hay poca gente en la playa. El se pregunta qué fue de ella en estos años. Se lo pregunta a cinco metros de distancia de la mesa que ella ocupa con sus hijos. Esos chicos no son suyos. Son de otro hombre y de la mujer que le limpia los mocos a la más pequeña. El balancea una pelota bajo su pie, se aferra con su mano derecha a una lapicera fuente. Cree que debe levantarse e ir hasta su mesa. Vuelve a mirar el agua. Las olas no se ven transparentes, traen arena, algas, caracoles, sal, resaca, espuma. El apura la gaseosa, observa. La mirada va desde la orilla hacia ella, la arena y esa mujer que fue hermosa y que supo embellecerlo. Esa mujer tiene, ahora, un rostro ajeno, inclinado hacia sus hijos. Hace diez años que no se ven. Sobre la playa el sol desaparece. Las figuras humanas son nítidas. Desde el bar puede ver rostros diversos, extraños. Puede ver la caída de restos de comida sobre la arena y la práctica de voley. De pronto cree que ella lo vio porque miró hacia su mesa. No. Ella miró hacia ese sector sin verlo. Para él también pasaron los años. Pasaron diez veranos en otras playas y lagos. Ella mantiene su habitual energía. Distingue que el tono de su voz cambió. Por momentos le parece que habla en otro idioma. Uno de los chicos recorre el bar. Junta chapitas, papeles, encuentra una botella. Su madre lo reta, el niño deja la botella en el piso pero sigue curioseando hasta que distingue la pelota bajo el pie de él. Se siente descubierto, pero ya es tarde. El chico va hacia la pelota y luego de observarlo con una sonrisa la toma entre sus manos. El ve la orilla, quiere correr hasta su casa. El chico lo mira y le arroja la pelota. El se la devuelve; juegan un rato. Le llama la atención la lapicera y estira la mano. El le pide que escriba su nombre en la pelota. El chico lo hace y ríe. Vuelven a jugar con la pelota. Su madre lo llama. Ya pagó y deciden levantarse. Vuelve a llamarlo porque hay que preparar la cena y dormir. El vuelve a mirarla detrás de sus anteojos de sol. Ve su belleza extinguida. El también envejeció pero ella no lo advierte siquiera. El piensa que fueron audaces, rebeldes, imprudentes en otros años donde el fuego y la cólera valian. Ellos eran así: una huida para que luego todo se rompa. El ve la orilla, ya las gaviotas recorren la arena. El también paga y ella busca a su hijo que juega con un desconocido.

SUEÑOS DE VERANO

ROBERTO

Periodista legendario, Schóó es también uno de los escritores más cuidadosos de su generación. Su novela *El baile de las máscaras* atestigua esa condición. Este relato inédito forma parte de su volumen *Coche negro, caballos blancos*, que será publicado este año para la Feria del Libro por Ediciones de la Flor.



Afuera, la claridad se demora aún sobre los palacios, los jardines, las arboledas de la Avenida del Libertador, porque ya es agosto y los días comienzan a alargarse. Dentro del caffé —con doble efe—, en cambio, la penumbra nocturna borra, con sabiduría, cualquier señal de alarma: ni arrugas, ni ojeras, ni ropa demasiado usada, gastada, son admisibles. Joven, reluciente, la promesa del placer eterno. Roberto Duval (seudónimo) se siente bien allí cómodo. Vive cerca, por Las Heras y Pueyrredón: no ha llegado aún a la cumbre de un departamento en plena Libertador, en uno de esos soberbios acantilados desde cuyos balcones se ven los jardines y el río, pero ya llegará. Por ahora, todas las tardes, noche casi, se instala allí, allí recibe, observa, planea. Le gusta el barrio, la esquina del caffé con los toldos a rayas anaranjadas y negras, la hora en que, mientras allá lejos, por la avenida más próxima al río pasa la tromba ululante de los automóviles que vuelven al norte prestigioso, la del Libertador es surcada, como si fueran góndolas, por vehículos lujosos, serenos, de los que bajan hombres maduros y atléticos, y otros caducos y fofos, unos y otros acompañados siempre de mujeres invariablemente rubias, jóvenes o que lo parecen, de movimientos precisos y miradas certeras. A Roberto lo conmueve el funcionamiento silencioso, eficaz, de las máquinas, tanto los automóviles cuanto sus ocupantes, desgranados a partir del anochecer a lo largo de la avenida. Por eso le gusta llegar un poco antes, ocupar una posición estratégica, asistir a la entrada de los dioses. Al comienzo le molestaba encontrar ya instalados junto a la barra al gordito maricón y la rubia putona. Debían de ser socios, intercambiaban confidencias y clientes, se odiaban y habían terminado por ponerse de acuerdo. Ahora, Roberto los considera parte del decorado, una emanación de los paneles de espejos metálicos encargados de difundir y esfumar la luz dorada de las escasas lámparas; tan impersonales e imprescindibles como los tres mozos, como de cera, idénticos en la apostura, el desdén, el pecho abombado, la chaqueta anaranjada y cortona, los glúteos exactamente ceñidos, subrayados por el tenso pantalón negro.

Roberto se sumerge despacio en un sillón excesivamente cómodo que lo pira como un ciénaga hasta dejarlo en el nivel de una mesa baja, de espejo. Mientras se hunde, controla los detalles de su ropa informal, estilo qué me importa pero con telas caras y cortes precisos: pantalón arrugado, camisa a rayas celestes y rosadas, campera con hombros de jugador de fútbol norteamericano, chalina, zapatillas, gruesas medias blancas. Consulta la hora en el reloj con pulsera de caucho negro: siete y media. Pide un whisky al mozo con apariencia de matón refinado, escudriña la noche artificial que lo envuelve. En la barra, claro, el gordito y la rubia, y el barman, que le hace una inclinación de cabeza al reconocerlo. Buen tipo el Rulo, el barman: se conocían de chicos en el barrio, Sarmiento y Pasteur, solían reírse juntos de los espantajos con largas patillas enruladas y sombreros inamovibles. Al reencontrarse, en el caffé, el Rulo no se había permitido ninguna familiaridad: un apretón de manos, un qué bien te trata la vida, ningún recuerdo a compartir. Roberto había estado también afectuoso, cordial sin ningún alarde porteño de palmotear con estruendo las espaldas, o retorcer entre dos dedos como tenazas el mentón del amigo devuelto por la marea del tiempo. Sin énfasis, como debía ser.

En el cerebro de Roberto, él lo sabía muy bien, funcionaba una cámara cinematográfica. Como si se la hubieran injertado. Adonde dirigía la mirada, aparecía el encuadre preciso, el sutil cambio de lentes que modifica la profundidad de campo. Con naturalidad, se dedicaba al cine, gozaba de un cierto prestigio de director, ganado en el decenio del setenta con un film de intención política. De esa gloria se alimentaba aún Roberto, diez años después, cuando las circunstancias eran otras y se le volvía imperioso, urgente emprender otra película, o mostrar que su renombre no había nacido del oportunismo, como sostenían sus enemigos. Sacado de bajo tierra —probablemente, de una próspera mercería del Once—, encontraría un productor. Casi más difícil le resultaba encontrar un tema, hasta que se le ocurrió algo cuya originalidad lo deslumbró.

El gordo maricón de la barra lo mira mucho, le hace ojitos, ensaya en su honor una sonrisa imitación Gioconda. Roberto está acostumbrado a sonrisas y avances de hombres y mujeres. Se sabe atractivo, cargado de promesas sensuales cuya administración precisa le ha permitido sobrevivir durante los años oscuros. Reconoce la tosquedad y hasta la vulgaridad de sus rasgos, y también la trasparencia y luminosidad excepcionales de sus ojos claros, la gracia del rizado, abundante pelo castaño. Buena estatura, cuerpo proporcionado, nada atlético sino macizo, redondeado, de esos que invitan a comprobar la tersura y la elasticidad de la piel. Roberto responde, en principio y por principio, a todas las insinuaciones con un esbozo de sonrisa que le excava un hoyuelo en el cachete izquierdo. Así, no desautoriza a nadie y no admite sino las incursiones redituables, las que dejan beneficio. Llegado a ese punto, con el mismo alegre desparpajo con que asombra a sus amantes al desnudarse sin remilgos y en un instante —seguro de que el resplandor de su piel encandila a cualquiera—, abandona el cuerpo a las caricias, consiente a todas las solicitaciones con un ardor del que, producido el fogonazo del goce, no queda absolutamente nada.

Esto sorprende a sus cómplices más aún que la rapidez de la entrega: ¿adónde van a parar la piel de Roberto, el fulgor líquido de los ojos de Roberto, el sexo juguetón de Roberto, Roberto mismo, todo él, a través de qué grieta en el tiempo y en el espacio se ha deslizado súbitamente, lejos? No se trata de eyaculación precoz, nada de eso: el encuentro, la turgencia, los juegos pueden durar horas, el placer puede demorarse hasta el dolor, el resultado es siempre el mismo: Ro-

ROBERTO 1985

Por Ernesto Schóó

Periodista legendario, Schóó es también uno de los escritores más cuidadosos de su generación. Su novela *El baile de las máscaras* atestigua esa condición. Este relato inédito forma parte de su volumen *Coche negro, caballos blancos*, que será publicado este año para la Feria del Libro por Ediciones de la Flor.

Afuera, la claridad se demora aún sobre los palacios, los jardines, las arboledas de la Avenida del Libertador, porque ya es agosto y los días comienzan a alargarse. Dentro del caffé —con doble efe—, en cambio, la penumbra nocturna borra, con sabiduría, cualquier señal de alarma: ni arrugas, ni ojeras, ni ropa demasiado usada, gastada, son admisibles. Joven, reluciente, la promesa del placer eterno. Roberto Duval (seudónimo) se siente bien allí cómodo. Vive cerca, por Las Heras y Pueyrredón: no ha llegado aún a la cumbre de un departamento en plena Libertador, en uno de esos soberbios acantilados desde cuyos balcones se ven los jardines y el río, pero ya llegará. Por ahora, todas las tardes, noche casi, se instala allí, allí recibe, observa, planea. Le gusta el barrio, la esquina del caffé con los toldos a rayas anaranjadas y negras, la hora en que, mientras allá lejos, por la avenida más próxima al río pasa la tromba ululante de los automóviles que vuelven al norte prestigioso, la del Libertador es surcada, como si fueran góndolas, por vehículos lujosos, serenos, de los que bajan hombres maduros y atléticos, y otros caducos y fofos, unos y otros acompañados siempre de mujeres invariablemente rubias, jóvenes o que lo parecen, de movimientos precisos y miradas certeras. A Roberto lo conmueve el funcionamiento silencioso, eficaz, de las máquinas, tanto los automóviles cuanto sus ocupantes, desgranados a partir del anochecer a lo largo de la avenida. Por eso le gusta llegar un poco antes, ocupar una posición estratégica, asistir a la entrada de los dioses. Al comienzo le molestaba encontrar ya instalados junto a la barra al gordito maricón y la rubia putona. Debían de ser socios, intercambiaban confidencias y clientes, se odiaban y habían terminado por ponerse de acuerdo. Ahora, Roberto los considera parte del decorado, una emanación de los paneles de espejos metálicos encargados de difundir y esfumar la luz dorada de las escasas lámparas; tan impersonales e imprescindibles como los tres mozos, como de cera, idénticos en la apostura, el desdén, el pecho abombado, la chaqueta anaranjada y cortona, los glúteos exactamente ceñidos, subrayados por el tenso pantalón negro.

Roberto se sumerge despacio en un sillón excesivamente cómodo que lo pira como un ciénaga hasta dejarlo en el nivel de una mesa baja, de espejo. Mientras se hunde, controla los detalles de su ropa informal, estilo qué me importa pero con telas caras y cortes precisos: pantalón arrugado, camisa a rayas celestes y rosadas, campera con hombros de jugador de fútbol norteamericano, chalina, zapatillas, gruesas medias blancas. Consulta la hora en el reloj con pulsera de caucho negro: siete y media. Pide un whisky al mozo con apariencia de matón refinado, escudriña la noche artificial que lo envuelve. En la barra, claro, el gordito y la rubia, y el barman, que le hace una inclinación de cabeza al reconocerlo. Buen tipo el Rulo, el barman: se conocían de chicos en el barrio, Sarmiento y Pasteur, solían reírse juntos de los espantajos con largas patillas enruladas y sombreros inamovibles. Al reencontrarse, en el caffé, el Rulo no se había permitido ninguna familiaridad: un apretón de manos, un qué bien te trata la vida, ningún recuerdo a compartir. Roberto había estado también afectuoso, cordial sin ningún alarde porteño de palmotear con estruendo las espaldas, o retorcer entre dos dedos como tenazas el mentón del amigo devuelto por la marea del tiempo. Sin énfasis, como debía ser.

En el cerebro de Roberto, él lo sabía muy bien, funcionaba una cámara cinematográfica. Como si se la hubieran injertado. Adonde dirigía la mirada, aparecía el encuadre preciso, el sutil cambio de lentes que modifica la profundidad de campo. Con naturalidad, se dedicaba al cine, gozaba de un cierto prestigio de director, ganado en el decenio del setenta con un film de intención política. De esa gloria se alimentaba aún Roberto, diez años después, cuando las circunstancias eran otras y se le volvía imperioso, urgente emprender otra película, o mostrar que su renombre no había nacido del oportunismo, como sostenían sus enemigos. Sacado de bajo tierra —probablemente, de una próspera mercería del Once—, encontraría un productor. Casi más difícil le resultaba encontrar un tema, hasta que se le ocurrió algo cuya originalidad lo deslumbró.

El gordo maricón de la barra lo mira mucho, le hace ojitos, ensaya en su honor una sonrisa imitación Gioconda. Roberto está acostumbrado a sonrisas y avances de hombres y mujeres. Se sabe atractivo, cargado de promesas sensuales cuya administración precisa le ha permitido sobrevivir durante los años oscuros. Reconoce la tosquedad y hasta la vulgaridad de sus rasgos, y también la trasparencia y luminosidad excepcionales de sus ojos claros, la gracia del rizado, abundante pelo castaño. Buena estatura, cuerpo proporcionado, nada atlético sino macizo, redondeado, de esos que invitan a comprobar la tersura y la elasticidad de la piel. Roberto responde, en principio y por principio, a todas las insinuaciones con un esbozo de sonrisa que le excava un hoyuelo en el cachete izquierdo. Así, no desautoriza a nadie y no admite sino las incursiones redituables, las que dejan beneficio. Llegado a ese punto, con el mismo alegre desparpajo con que asombra a sus amantes al desnudarse sin remilgos y en un instante —seguro de que el resplandor de su piel encandila a cualquiera—, abandona el cuerpo a las caricias, consiente a todas las solicitaciones con un ardor del que, producido el fogonazo del goce, no queda absolutamente nada.

Esto sorprende a sus cómplices más aún que la rapidez de la entrega: ¿adónde van a parar la piel de Roberto, el fulgor líquido de los ojos de Roberto, el sexo juguetón de Roberto, Roberto mismo, todo él, a través de qué grieta en el tiempo y en el espacio se ha deslizado súbitamente, lejos? No se trata de eyaculación precoz, nada de eso: el encuentro, la turgencia, los juegos pueden durar horas, el placer puede demorarse hasta el dolor, el resultado es siempre el mismo: Roberto ya no está más ahí. Aunque sabe improvisar despedidas elaboradas y hasta tiernas, y nadie podría acusarlo de descortés, o de indiferente, y aunque a veces se queda remoloneando, fumando y haciendo bromas o confidencias, desnudo todavía, macizo y blanco como una estatua, y hasta pudiera ocasionalmente reincidir en el abrazo, mujeres y hombres sienten que se los ha privado de algo. Algo, no se sabe qué. Y comienzan a incubar resentimiento. Roberto tampoco sabe de qué se le acusa, pero está seguro de que con esa persona, nunca más. Ni siquiera se saludarán cuando vuelvan a verse. Antes, está claro, habría extraído de esa persona lo que le interesa. Y siendo así, una transacción, un juego, ¿por qué suele sentir inquietud, tristeza absurda al cruzarse con alguien por ahí y reconocer que ya no lo quieren, que hasta lo desdeñan, quizá?

Roberto fuma poco, y menos cuando está solo. La tardanza de Manolo Salvatierra, a quien ha citado en el caffé, lo impulsa a llevarse un cigarrillo a los labios. No tiene fósforos, se levanta y va a la barra, a pedirle fuego, no al Rulo sino al gordo, que se pone a sudar y a tartamudear mientras, bajo la mirada sarcástica de la rubia, explora sus bolsillos y la cartera en busca de un encendedor de oro del cual, con los nervios, brota una llama tan alta que chamusca las cejas y las pestañas de Roberto. "¡Perdone!", gime el gordo con trémolo de soprano y se apresura a rebajar la llama. "No es nada —Roberto oculta debajo de una mueca, las ganas de darle un sopapo—, gracias de todos modos." Sostiene con su sólida mano, la manito transida del gordo mientras enciende el cigarrillo, y vuelve a la mesa.

Manolo se retrasa, a Roberto no le queda más que pensar en su hija. Estuvo casado, una vez, cuando eran muy jóvenes él y la astuta estudiante de odontología que supo manejar con tanta habilidad los intereses y las tradiciones de ambas familias. Mañana verá a su hija, el juez lo ha autorizado a verla dos veces por mes, esto no implica ver también a su ex mujer, la próspera dentista que le exprime hasta el último centavo, pero sí encontrarse con la mirada acusadora a perpetuidad de su suegra. Su hija, al borde de la adolescencia. Casi la misma edad de la chica con la cual Roberto —para decirlo con el eufemismo de las revistas— sale ahora. El trago de whisky puro lo predispone a separar estrictamente, cuidadosamente las dos imágenes: su hija y la muchachita —dieciséis o diecisiete años, atención a los problemas de minoridad— a quien ha prometido un papel en la película. Una loquita fuerte, precozmente plantada en la vida, de esas que vienen ahora, que se beben los hombres a grandes tragos, eructan, se limpian la boca con el dorso de la mano y vuelta a empezar. La imagen lo divirtió, tal vez la pondría en el film. ¿Por qué se le confundía con la imagen de su hija, una criatura apenas, todavía? Empezaba a excitarse, y Manolo que no llegaba.

¿Qué se creía Manolo? Se le subieron los humos a la cabeza por el éxito y las polémicas en torno de su libro de ensayos *Lo que nunca seremos*. Libro escéptico y valiente, dice la crítica, donde queda en claro que la Argentina nunca más saldrá de una mediocridad ni siquiera dorada, sino bastante opaca. Para demostrar esta fatalidad histórica, Manolo —homosexual confeso, cercano a la sesentena, amigo de hacerse de enemigos— recurría no sólo a su reconocida inteligencia sino también a su perversidad de loca resentida. Y Roberto había tenido una ocurrencia que reconocía genial: filmar el libro de Salvatierra. Pensaba terminar así con el oscuro período durante el cual —la culpa era de los gobiernos militares— usó seudónimo para filmar basura, acumuló proyectos hasta la náusea, tejió intrigas y se empapó de los aspectos más áridos y menos nobles de su profesión: distribución, exhibición, los trucos para sacar partido de los préstamos estatales, la amenaza, la seducción, el chantaje. *Lo que nunca seremos* (no estaba mal como título, podría conservarlo) gozaría de un préstamo, iría a los festivales, sería su obra maestra. Se levantó de nuevo, esta vez para ir al baño; al volver, y a propósito, hizo cierta vulgar ostentación viril cuando pasó junto al gordo, a quien estuvo a punto de caérsele el vaso de la mano, y advirtió que entraba Manolo. Manolo, infinitamente alto y flaco, encorvado, perpetua cara de resfrío, imbatibles huellas de acné, ojos llorosos. "¿Quién se le anima? —piensa Roberto mientras lo abraza palmoteándolo—. Aunque ahora puede pagar si quiere."

Manolo se ha vuelto arrogante, exigente, quiere precisiones: "¿Quién va a producir?". "Pará —contesta Roberto—, sin guión no puedo encontrar productor, la cosa está muy dura". "A mi libro lo conoce todo el mundo y no me voy a poner a trabajar en el guión sin un anticipo". "¿No habíamos hablado de porcentaje?" "Acepto el porcentaje pero quiero un anticipo, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Además, todo esto me parece una locura, son ensayos, no es una novela". "¡Precisamente, precisamente! Haremos algo muy original, entre el documental y la ficción, con personajes reales, esos que vos nombrás, Victoria Ocampo, Jauretche, Frondizi, y un actor —qué sé yo, Víctor Laplace, Oscar Martínez, el que te guste— que te interprete a vos, vos, un intelectual argentino protagonista de los grandes acontecimientos de la época...". "Testigo nomás, che, testigo", interrumpe Manolo, incómodo. Es inútil. Manolo desconfía, no se contagia, increíblemente se resiste a los ojos claros y brillantes, el cuerpo cálido, las manos expertas en rozar a otras manos. Hablarán de nuevo, hay que pensarlo, Salvatierra debe irse a la presentación del libro de un colega. Roberto mira alejarse la silueta escuálida. Mañana deberá pensar el argumento decisivo, contundente. Termina el whisky, revisa su agenda. Mañana tendrá que contestar al productor que le ofrece filmar un porno suave para el mercado latinoamericano, con otro seudónimo, claro. Mañana irá a buscar a su hija y pasará la tarde con ella; en realidad, le tocaba el domingo pero su ex mujer, pese a la oposición de la suegra, aceptó el cambio. Mañana se ocupará del cheque sin fondos y del pleito que le hizo el sindicato por un atraso en los pagos. Mañana. ¿Cómo dice el colega aquel, tan culto, el que vive en París? "Dejá vu". Abandona sobre la mesa el importe —el avaro de Salvatierra, con toda la plata que está ganando con el libro, ni siquiera se pagó su café— y una propina, contemplada con escepticismo por el matón de chaqueta anaranjada y glúteos prepotentes. Desde la puerta saluda al Rulo y por travesura tira un beso a la barra, no se sabe si al gordo o a la rubia. Ya es de noche. Podría colarse en la mesa de un conocido rico, en un restaurante de la Recoleta. Podría comer en el boliche de la calle Bustamente. Podría limitarse a un sandwich y un yogur en su departamento; será lo mejor, para la silueta y el bolsillo. Mañana. "Este país", se dice con rabia. "Este país. Este país no va a ningún lado. ¿Qué estoy haciendo aquí?". Mañana cumplirá cuarenta años y lo festejará con su hija.



1985

Por Ernesto Schóó

berto ya no está más ahí. Aunque sabe improvisar despedidas elaboradas y hasta tiernas, y nadie podría acusarlo de descortés, o de indiferente, y aunque a veces se queda remoloneando, fumando y haciendo bromas o confidencias, desnudo todavía, macizo y blanco como una estatua, y hasta pudiera ocasionalmente reincidir en el abrazo, mujeres y hombres sienten que se los ha privado de algo. Algo, no se sabe qué. Y comienzan a incubar resentimiento. Roberto tampoco sabe de qué se le acusa, pero está seguro de que con esa persona, nunca más. Ni siquiera se saludarán cuando vuelvan a verse. Antes, está claro, habría extraído de esa persona lo que le interesa. Y siendo así, una transacción, un juego, ¿por qué suele sentir inquietud, tristeza absurda al cruzarse con alguien por ahí y reconocer que ya no lo quieren, que hasta lo desdeñan, quizá?

Roberto fuma poco, y menos cuando está solo. La tardanza de Manolo Salvatierra, a quien ha citado en el caffé, lo impulsa a llevarse un cigarrillo a los labios. No tiene fósforos, se levanta y va a la barra, a pedirle fuego, no al Rulo sino al gordo, que se pone a sudar y a tartamudear mientras, bajo la mirada sarcástica de la rubia, explora sus bolsillos y la cartera en busca de un encendedor de oro del cual, con los nervios, brota una llama tan alta que chamusca las cejas y las pestañas de Roberto. "¡Perdone!", gime el gordo con trémolo de soprano y se apresura a rebajar la llama. "No es nada —Roberto oculta debajo de una mueca, las ganas de darle un sopapo—, gracias de todos modos." Sostiene con su sólida mano, la manito transida del gordo mientras enciende el cigarrillo, y vuelve a la mesa.

Manolo se retrasa, a Roberto no le queda más que pensar en su hija. Estuvo casado, una vez, cuando eran muy jóvenes él y la astuta estudiante de odontología que supo manejar con tanta habilidad los intereses y las tradiciones de ambas familias. Mañana verá a su hija, el juez lo ha autorizado a verla dos veces por mes, esto no implica ver también a su ex mujer, la próspera dentista que le exprime hasta el último centavo, pero si encontrarse con la mirada acusadora a perpetuidad de su suegra. Su hija, al borde de la adolescencia. Casi la misma edad de la chica con la cual Roberto —para decirlo con el eufemismo de las revistas— sale ahora. El trago de whisky puro lo predispone a separar estrictamente, cuidadosamente las dos imágenes: su hija y la muchachita —dieciséis o diecisiete años, atención a los problemas de minoridad— a quien ha prometido un papel en la película. Una loquita fuerte, precozmente plantada en la vida, de esas que vienen ahora, que se beben los hombres a grandes tragos, eructan, se limpian la boca con el dorso de la mano y vuelta a empezar. La imagen lo divirtió, tal vez la pondría en el film. ¿Por qué se le confundía con la imagen de su hija, una criatura apenas, todavía? Empezaba a excitarse, y Manolo que no llegaba.

¿Qué se creía Manolo? Se le subieron los humos a la cabeza por el éxito y las polémicas en torno de su libro de ensayos *Lo que nunca seremos*. Libro escéptico y valiente, dice la crítica, donde queda en claro que la Argentina nunca más saldrá de una mediocridad ni siquiera dorada, sino bastante opaca. Para demostrar esta fatalidad histórica, Manolo —homosexual confeso, cercano a la sesentena, amigo de hacerse de enemigos— recurría no sólo a su reconocida inteligencia sino también a su perversidad de loca resentida. Y Roberto había tenido una ocurrencia que reconocía genial: filmar el libro de Salvatierra. Pensaba terminar así con el oscuro período durante el cual —la culpa era de los gobiernos militares— usó seudónimo para filmar basura, acumuló proyectos hasta la náusea, tejió intrigas y se empapó de los aspectos más áridos y menos nobles de su profesión: distribución, exhibición, los trucos para sacar partido de los préstamos estatales, la amenaza, la seducción, el chantaje. *Lo que nunca seremos* (no estaba mal como título, podría conservarlo) gozaría de un préstamo, iría a los festivales, sería su obra maestra. Se levantó de nuevo, esta vez para ir al baño; al volver, y a propósito, hizo cierta vulgar ostentación viril cuando pasó junto al gordo, a quien estuvo a punto de caérsele el vaso de la mano, y advirtió que entraba Manolo. Manolo, infinitamente alto y flaco, encorvado, perpetua cara de resfrío, imbatibles huellas de acné, ojos llorosos. "¿Quién se le anima? —piensa Roberto mientras lo abraza palmoteándolo—. Aunque ahora puede pagar si quiere."

Manolo se ha vuelto arrogante, exigente, quiere precisiones: "¿Quién va a producir?". "Pará —contesta Roberto—, sin guión no puedo encontrar productor, la cosa está muy dura". "A mi libro lo conoce todo el mundo y no me voy a poner a trabajar en el guión sin un anticipo". "¿No habíamos hablado de porcentaje?" "Acepto el porcentaje pero quiero un anticipo, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Además, todo esto me parece una locura, son ensayos, no es una novela". "¡Precisamente, precisamente! Haremos algo muy original, entre el documental y la ficción, con personajes reales, esos que vos nombrás, Victoria Ocampo, Jauretche, Frondizi, y un actor —qué sé yo, Víctor Laplace, Oscar Martínez, el que te guste— que te interprete a vos, vos, un intelectual argentino protagonista de los grandes acontecimientos de la época...". "Testigo nomás, che, testigo", interrumpe Manolo, incómodo. Es inútil. Manolo desconfía, no se contagia, increíblemente se resiste a los ojos claros y brillantes, el cuerpo cálido, las manos expertas en rozar a otras manos. Hablarán de nuevo, hay que pensarlo, Salvatierra debe irse a la presentación del libro de un colega. Roberto mira alejarse la silueta escuálida. Mañana deberá pensar el argumento decisivo, contundente. Termina el whisky, revisa su agenda. Mañana tendrá que contestar al productor que le ofrece filmar un porno suave para el mercado latinoamericano, con otro seudónimo, claro. Mañana irá a buscar a su hija y pasará la tarde con ella; en realidad, le tocaba el domingo pero su ex mujer, pese a la oposición de la suegra, aceptó el cambio. Mañana se ocupará del cheque sin fondos y del pleito que le hizo el sindicato por un atraso en los pagos. Mañana. ¿Cómo dice el colega aquel, tan culto, el que vive en París? "Dejá vu". Abandona sobre la mesa el importe —el avaro de Salvatierra, con toda la plata que está ganando con el libro, ni siquiera se pagó su café— y una propina, contemplada con escepticismo por el matón de chaqueta anaranjada y glúteos prepotentes. Desde la puerta saluda al Rulo y por travesura tira un beso a la barra, no se sabe si al gordo o a la rubia. Ya es de noche. Podría colarse en la mesa de un conocido rico, en un restaurante de la Recoleta. Podría comer en el boliche de la calle Bustamente. Podría limitarse a un sandwich y un yogur en su departamento; será lo mejor, para la silueta y el bolsillo. Mañana. "Este país", se dice con rabia. "Este país. Este país no va a ningún lado. ¿Qué estoy haciendo aquí?". Mañana cumplirá cuarenta años y lo festejará con su hija.

POLLINI

FONTANARROSA Y LA PAREJA

Y mi único vicio son las mujeres. Pero podemos incluirlo entre los vicios menores

¿Menores?

Si. Porque nunca son mayores de 18 años

Fontanarrosa







Ediciones de la Flor

JUEGOS

36 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	S				
2					
3					
4	R				
5					
6					
7					
8					
9					O

DEFINICIONES

1. Camino, vereda.
2. Ciudad de Yugoslavia.
3. Beneficio anual de una cosa.
4. Operación de restar.
5. Bolsa de mimbre.
6. Raza, linaje.
7. Masa espesa.
8. Hierba que pace el ganado.
9. Sitio para pasear.

36 "LA SOPA DEL 7"

P	O	A	D	L	A	P	R	E	C
R	I	T	R	A	J	U	R	Z	U
C	Z	O	N	R	U	T	A	S	B
A	E	V	E	O	E	F	O	U	J
L	P	C	O	R	M	I	H	N	S
O	I	L	S	N	R	O	T	A	I
G	T	P	U	U	A	Ñ	L	E	A
E	S	L	C	T	G	R	T	V	B
V	A	R	Y	L	O	R	U	G	I
T	E	P	A	U	A	N	T	J	M
M	E	N	F	M	S	A	E	T	V
R	M	N	U	G	I	P	R	A	L
A	U	T	O	S	C	A	I	U	Q

Encuentre los nombres de 7 PLANETAS, que pueden estar en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

36 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
8	0	2	9	0	3
4	8	5	2	1	0
9	5	4	1	1	0
6	7	2	3	1	0

				B	R
				4	0
7	6	2	1	1	2
8	0	9	4	0	1
4	5	9	3	1	0
1	3	7	5	1	0

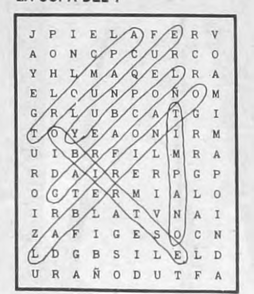
SOLUCIONES

35

"TRANSFORMACION"

LENTO
CENTO
CESTO
CESTA
CASTA
CARTA
SARTA
SARNA
SORNA

"LA SOPA DEL 7"



J	P	I	E	L	A	F	E	R	V
A	O	N	C	P	C	U	R	C	O
Y	H	L	M	A	Q	E	L	R	A
E	L	C	U	N	P	O	Ñ	O	M
G	R	L	U	B	C	A	T	G	I
T	O	Y	E	A	O	N	I	R	M
U	I	B	R	F	I	L	M	R	A
R	D	A	I	R	E	R	P	G	P
O	G	T	E	R	M	I	A	L	O
I	R	B	L	A	T	V	N	A	I
Z	A	F	I	G	E	S	O	C	N
L	D	G	B	S	I	L	E	L	D
U	R	A	Ñ	O	D	U	T	F	A

"NUMERO OCULTO"

1. 6432
2. 8419